

RESEÑAS

Historia de la Antropología Indigenista: México y Perú, por Manuel M. Marzal, Lima, 1981, Pontificia Universidad Católica del Perú, 572 p.

Alejandro Ortiz Rescaniere

Una obra de cabal originalidad —como es la que tenemos la suerte de presentar— pudo escribirse gracias a una institución, la Universidad Católica del Perú. No es casual: superando las limitaciones del confesionalismo, la Universidad Católica, es hoy baluarte del libre transcurrir de las ideas, de la cátedra libre, sin mordajas escolares, ni dogmáticas. En sus aulas abiertas se recrea y pule el pensamiento. Muestra de ello: el libro de Manuel Marzal. En efecto, *La Historia de la Antropología Indigenista: México y Perú* es el fruto de largos años de confrontación, disciplinada pero imaginativa, entre la preparación de clases, el dictado de las mismas, las preguntas y las dudas del maestro y de los estudiantes.

El texto de Manuel Marzal refleja tal experiencia viva, libre y científica. No solo constituye un manual útil de la Antropología mejicana y peruana; es también una tesis: con la conquista de América, en el cotejo con la nueva humanidad descubierta, nace una reflexión que por su fisonomía renacentista podemos hoy calificar de ciencia antropológica. Ello a pesar de los problemas de orden moral y religioso que plantea entonces el concepto de Hombre ampliado por esa conquista. Esta tesis es probada a lo largo del medio millar de páginas del libro que presentamos.

No se trata de una simple cuestión de partida de nacimiento. Con la demostración de Manuel Marzal se inserta el pensamiento peruano-mejicano en la tradición filosófica y científica de occidente, vínculo que los siglos y los prejuicios han desdeñado, sino olvidado. Cuestiones centrales de la antropología moderna son planteadas desde temprano en nuestra América: el origen del hombre, el origen de las religiones, de la sociedad, el fenómeno del sincretismo, de la aplicación política de ese saber que mas tarde se llamará antropología. Marzal, al señalar estos lazos, no solo, pues, inscribe el pensamiento hispanoamericano en su contexto, sino que la antropología retoma asimismo la prestancia y el sentido que le confiere un quehacer de siglos. Con ello se subraya y explica uno de los temas que dan continuidad a las letras castellanas de América: la polémica varias veces

centenaria en torno al indio, lo hispánico en perpetua definición frente a lo indígena.

Marzal, al describir la reflexión antropológica de los siglos XVI y XVII en nuestro medio, y luego al retomar su desarrollo a partir de los albores de este siglo, recuerda un silencio que marcó el pensamiento peruano-mejicano: el intento de borrar con el olvido la presencia indígena. Esta empresa negadora empieza con la consolidación colonial, se profundiza en el XIX y declina cuando resurge la antropología y el indigenismo en el presente siglo.

Al final de la obra Manuel Marzal toma partido. Su posición la inscribe dentro del pensamiento indigenista moderno. Según Marzal, a partir de la Independencia, se perfilan tres corrientes indigenistas, las que de alguna manera fueron conocidas desde la Conquista:

La que propone resolver el problema del indio asimilándolo a una nacionalidad general y única. Esta corriente se hizo fuerte gracias a los ideales igualitarios de la revolución francesa y a las disposiciones legales que empezaron con San Martín y Bolívar. Con el inicio de la antropología como ciencia en los años veinte, se esbozan dos reacciones frente a la solución intentada por el igualitarismo jurídico: unos abogan por la integración recreativa del indio a una sociedad mestiza (esta es la tesis dominante, y que se ha transformado en el basamento de la ideología política de nuestros países), otros proponen la autonomía de las sociedades indias. Esta última posición, siendo la más radical, aunque parezca paradójico, constituyó la piedra angular de la ideología de la Colonia. Es esta posición autonomista la que elige Marzal (sin duda porque implica la aceptación plena del otro como tal). Propone la formación de regímenes autogestionarios para las pequeñas etnias. Para aquellas que reúnan algunas de las características generales propias de una nación, piensa que debiera de alentarse la constitución de las nacionalidades autóctonas, integradas dentro de una república que reconozca su fisonomía multinacional.

La tesis sobre el origen antiguo de la ciencia antropológica peruano-mejicana, la posición personal del autor frente al indígena, ordenan, dan solidez a la historia desarrollada en el libro. Se constituye, por ello, en didáctica panorámica. En ella adquieren unidad histórica obras tan diversas como son el proyecto político de Guamán Poma de Ayala, la empresa de Vasco de Quiroga con sus pueblos-hospitales (fruto de la asidua lectura de Tomás Moro y de la experiencia cotidiana), las reducciones utópicas guaraníes de un Antonio Ruiz de Montoya, o el marxismo ecléctico y pro-indio del mejicano Vicente Lombardo Toledano y del peruano José Carlos Mariátegui.

La lectura de la **Historia de la Antropología Indigenista** aconseja un reacomodo de nuestra visión sobre la antropología hispanoamericana. Así lo hemos entendido; y en consecuencia, hemos tomado algunos apuntes. He aquí un resumen de los mismos:

La aproximación hacia la realidad social andina parece estar estructurada en función de un eje ideológico voluntarista (hay que transformar la realidad andina)

que entraña un axioma y un juicio valorativo (esa realidad es abortiva, viciosa o simplemente bárbara).

Dos polos epistemológicos y contrapuestos tratan de materializar la voluntad y satisfacer la valoración axiomática:

1. Una orientación indialista:

Se trata de “transformar” al indio, al peruano tradicional, partiendo de arquetipos occidentales: hacer de Perú el Dorado soñado por cristianos, renacentistas, enciclopedistas, modernistas, marxistas, políticos.

2. Una orientación empírica:

A partir de la conquista se desarrolla una temprana etnología. Por su carácter descriptivo, analizador, sistemático y hasta objetivo, puede ser calificada de ciencia.

Ambas orientaciones se apoyan y articulan. En determinados momentos de nuestra historia ha primado la una sobre la otra. Desde la Independencia tenemos la impresión de que los proyectos políticos se guían cada vez más por los ideales, cada vez menos por los datos empíricos.

En el Perú nace la antropología, con nombre y estilo moderno, en pleno delirio evolucionista. Fósil del pasado: la cultura contemporánea andina fue entendida como un vestigio desarticulado, espúreo. Los últimos estertores del evolucionismo nos llegaron con fuerza inusitada. Julio Tello, Luis Valcárcel, iniciaron en el Perú una nueva manera de estudiar al indio: introdujeron la arqueología, la etnología, la antropología. El propósito era doble: reconstruir el pasado con los rezagos actuales; y, a través del pasado restaurado, comprender el presente. Se elaboró de esta manera una historia y un presente imaginarios. Un ejemplo ilustrativo de esta orientación es el artículo “Wallallo...” de Julio C. Tello y Próspero Miranda (revista *Inka*, vol. I, Lima, 1929). Con la finalidad de describir y de comprender la ceremonia actual de “la limpia de Acequia” de Casta, los autores mencionados realizan un ingenioso ensamblaje de datos arqueológicos, históricos y etnográficos de la región. El sentido final, la explicación del funcionamiento íntimo del rito de la acequia lo da la perspectiva histórica, que es, al mismo tiempo, la que legitima las combinaciones heteróclitas empleadas.

De esta manera empieza la antropología moderna peruana: con una metodología cuya debilidad ya había sido calificada de “historia conjetural”.

Empezábamos también con otro vicio de procedimiento: combinar, hasta la confusión, diversos niveles de la realidad. Así se emprendió una lectura lineal de los mitos, no para entenderlos en sí, sino para comprender los sucesos o la fisonomía de la antigua sociedad peruana. Se origina, en consecuencia, una serie de “historias incas” en que la fábula probaba el hecho y viceversa.

Estos yerros epistemológicos han hecho buen camino entre nosotros. La aceptación se debe quizá a una coincidencia ontológica: también para los incas los mitos constituyeron la historia oficial del pasado y la ideología del presente. Los cronistas tomaron como historias reales el pasado fabuloso y oficial de los incas. Apenas si

dudaron de la historicidad de Manco Cápac —el inca que emergió de las entrañas de un cerro o del Lago Titicaca.

La antropología de ayer, como la crónica del pasado, centraron sus esfuerzos en deslindar los contornos de la cultura andina: lo hispánico de lo aborigen, lo cristiano de lo demoníaco y condenable. A pesar de este determinismo histórico, podemos citar numerosas obras fértiles: la del extirpador de idolatrías Padre Francisco de Avila, la del antropólogo José María Arguedas.

María Rostworowski, Franklin Pease, Tom Zuidema buscan una sugerente variante: proponen reconstruir el pasado y entender el presente andino confrontando, críticamente, la historia mítica y documentos históricos con la etnografía de todos los tiempos.

Una nueva tendencia trata de leer los mitos andinos como tales; relacionándolos unos con otros, estableciendo analogías y oposiciones elementales. Citaremos una antología que muestra los matices de este estructuralismo, a veces esquemático, a veces sugerente: Juan Ossio, *Ideología mesiánica del mundo andino*. (Ignacio Prado Editor, Lima, 1973).

La tradición une la antigua crónica y la actual etnohistoria. Con menor preocupación teórica persiste una vieja etnografía. Consigna, a veces con fantasía y otras con objetividad minuciosa, los ritos, los mitos, las “costumbres” de los pueblos andinos. Así disponemos hoy día de innumerables revistas, de canciones y de monografías.

Las dos actividades —la etnográfica y la de aspiración teórica—, sin duda por ser de largo aliento, ofrecen al estudioso un amplio material del mundo cultural andino.

Estos, como otros apuntes, nos fueron sugeridos por la lectura de *La Historia de la Antropología Indigenista: México y Perú*. No dudamos que otras personas, más avisadas que nosotros, sabrán sacar mejor provecho al libro presentado.